

Francisco Esteban Bara, *Chistes de Eugenio para la Universidad, España: Caligrama, 2021, 241 pp. [ISBN: 9788418787317]*

Con la agudeza intelectual que le caracterizaba, Jorge Luis Borges, en el Prólogo a su *Biblioteca personal*, dejó por escrito una verdad de vida, la vida de un infatigable lector: “Que otros se jacten de los libros que les ha sido dado escribir; yo me jacto de aquellos que me fue dado leer”. Lo mismo nos ocurre cuando hemos leído un libro que nos acerca a su autor. Suelo decir que leer es conocer al escritor. No tengo el gusto de conocer personalmente al Profesor Esteban Bara. Solo unos amables correos nos han acercado a un futuro encuentro académico o personal. Pero al leer su libro creo conocer al docente, a ese docente que siente que su trabajo es una suerte de vocación, a la que se ha entregado en cuerpo y alma. La lucidez de páginas lo demuestra.

Harold Bloom, al inicio de su Prefacio y de su Prólogo a su obra *Cómo leer y por qué*, escribe: “Leer bien es uno de los mayores placeres que puede proporcionar la soledad, porque, al menos en mi experiencia, es el placer más curativo. Lo devuelve a uno a la otredad, sea la de uno mismo, la de los amigos o la de quienes pueden llegar a serlo. La lectura imaginativa es encuentro con lo otro, y por eso alivia la soledad. Leemos no sólo porque nos es imposible conocer bastante gente, sino porque la amistad es vulnerable y puede menguar o desaparecer, vencida por el espacio, el tiempo, la comprensión imperfecta y todas las aflicciones de la vida familiar y pasional. Este libro enseña cómo leer y por qué, y avanza afianzándose en una multitud de ejemplos y muestras [...] Parece pues que, mientras uno no llegue a ser plenamente uno mismo, recibir consejos puede serle útil y hasta esencial [...] Importa, si es que los individuos van a retener alguna capacidad de formarse juicios y emitir opiniones propias, que sigan leyendo por su cuenta. Qué lean y cómo –bien o mal– no puede depender totalmente de ellos, pero el motivo (el por qué) debe ser el interés propio”. Esta es una reflexión que todo docente debería tener muy presente en su vida académica. Sin duda, la tiene nuestro autor: ama la lectura, y, en ella, ese saber que se atesora, en soledad, tras una vida de abnegada entrega a la Universidad. Solo quien siente la necesidad de transmitir un conocimiento que se atesora puede infundir esa pasión por el saber, ya sea a sus afortunados alumnos o a sus agradecidos lectores. Este es nuestro caso. La lectura de su estudio me ha llevado a recordar que, en efecto, leer un gran libro como el que tenemos el honor de recensionar es una de las mayores dichas que el ser humano puede alcanzar. Lo es porque no busca lo que reprueba: ni notoriedad, ni aumentar su *curriculum vitae* con vista a una incierta acreditación o un dudoso sexenio de investigación. Su objetivo es muy otro: señalar los males que acechan a nuestra Universidad.

Si algo no es el profesor Esteban Bara es uno de esos “pensadores críticos de bisutería” (p. 161). Si algo es, es una *rara avis*. Lo es porque no se halla alineado con lo políticamente correcto. No se suma a ese pensamiento mayoritario que está despoblado la Universidad del viejo conocimiento, que forma y no deforma –*Paideia*–, por otro de menor cuantía –*Utilitas*–. Se llama mercado, no Universidad. Y cuando el mercado lo es todo, el saber deja de ocupar el puesto relevante al que está llamado. Es la tragedia que vivimos. La tragedia que padecemos. Decirlo se ha convertido en una blasfemia, en una herejía que te condena a un sigiloso exilio interior. Nada que nos importe. Porque lo que realmente nos interesa es la salud mental de nuestros universitarios, de esos alumnos que han venido no a que se les lea un inane PowerPoint, sino para que un profesor, con su palabra, su conocimiento y con su aliento, le lleve a transitar por un pensamiento que anhelan poseer y sedimentar, porque en él, en la obtención de un pensamiento crítico –el

pensamiento o es crítico o no lo es— se juegan su futuro, su verdadero futuro, porque este nace del conocimiento, no en los absurdos cronogramas, en las visitas a lugares anodinos o en los trabajitos de salón —más Wikipedia que de salón, me temo— de los que las mentes pensantes se sienten tan orgullosas. A este respecto, suelo decirles a mis alumnos que cuando les imparto una clase, jamás, digo bien, jamás pienso si les servirá para encontrar trabajo, solo una cosa me importa: formarles a través de esa pregunta que interroga y cuestiona, a través de esos textos del pasado que cultivaron nuestras jóvenes mentes, textos que nos permitieron salir de ese letargo que nos adocena. Solo eso me importa: que no tengan miedo a emprender la gran aventura del saber. Una aventura que nos llevará a esa Ítaca que describía Kavafis, en la que lo importante no es la llegada, sino el camino emprendido. Por desgracia, tanto en la Escuela como en la Universidad se les hace creer que Ítaca es el título y no el camino para acceder a ese saber que se propone como un trayecto que solo posee un incierto principio, pero nunca un fin, porque el universitario siempre está en camino, en la senda del infinito conocimiento. ¿Lo entenderán algún día los Ministros del ramo, los Rectores, los Decanos y algún que otro sesudo pedagogo? La esperanza se quiebra con el tiempo, pero no cabe otra que seguir luchando por reivindicar una verdad que sentimos y vivimos, con la misma intensidad que nuestro admirado autor, con el que comulgamos de la A a la Z.

Me gustaría realizar varios apuntes de carácter general que se hallan recogidos en una obra que plantea una cuestión que no es de escasa envergadura: ¿por qué la Universidad, y con ella el saber, se halla en crisis? Leyéndola me han venido varias razones:

1. *Paideia versus utilitas*

A este respecto autores como el filósofo Alejandro Llano señalan que: “Se ha encendido la alerta roja sobre la suerte de las disciplinas humanísticas en los diversos niveles de enseñanza. Como si respondieran a un toque de trompeta, casi todos los países occidentales han emprendido reformas de sus planes de estudio, con una orientación sospechosamente coincidente: encaminar toda la educación formal hacia el rendimiento económico”. ¿Exagera? En absoluto. Una autora del talento de Martha Nussbaum, *Sin fines de lucro*, tras advertir que vivimos una crisis mundial, y no es la económica, sino la educativa, puntualiza: “en casi todas las naciones del mundo se están erradicando las materias y las carreras relacionadas con las artes y las humanidades, tanto a nivel primario y secundario como a nivel terciario y universitario, concebidas como ornamentos inútiles por quienes definen las políticas estatales en un momento en que las naciones deben eliminar todo lo que no tenga ninguna utilidad para ser competitivas en el mercado global, estas carreras y materias pierden terreno a gran velocidad, tanto en los programas curriculares como en la mente y el corazón de padres e hijos”.

Son consideraciones que hemos podido leer, entre otros, en ese delicioso libro de Nuccio Ordine titulado *La utilidad de lo inútil*, en donde se afirma que: “la utilidad de los saberes inútiles se contraponen a la utilidad dominante que, en nombre de un exclusivo interés económico, mata de forma progresiva la memoria del pasado, las disciplinas humanísticas, las lenguas clásicas, la enseñanza, la libre investigación, la fantasía, el arte, el pensamiento crítico y el horizonte civil que debería inspirar toda actividad humana”.

Una crisis de la que fue testigo Albert Camus, como deja constancia en su ensayo *El hombre rebelde*, donde profiere su imperecedera exclamación “Yo grito que no creo nada, y que todo es absurdo, pero no puedo dudar de mi grito”, de un grito que negaba la subordinación de las Ideas y de la Cultura a la política, lo que le llevó a convertirse en un *outsider*, en un enemigo para sus antiguos camaradas de partido.

Y nuestro grito, como el del autor, es el de un profesor que, tras una vida como docente, experimenta, con suma tristeza, que quizá no se equivocaba Ray Bradbury, cuando en *Fahrenheit 451* escribía: “Los clásicos reducidos a una emisión radiofónica de quince minutos. Después, vueltos a reducir para llenar una lectura de dos minutos. Por fin, convertidos en diez o doce líneas en un diccionario. Los diccionarios únicamente servían para buscar referencias. Pero eran muchos los que sólo sabían de Hamlet a través de una condensación de una página en un libro que afirmaba: Ahora, podrá leer por fin todos los clásicos. Manténgase al mismo nivel que sus vecinos. ¿Te das cuenta? Salir de la guardería infantil para ir a la Universidad y regresar a la guardería. Ésta ha sido la formación intelectual durante los últimos cinco siglos o más”.

Quizá el único consuelo que nos queda es saber que ya desde la Antigüedad, la *Paideia* siempre se ha visto sometida al escrupuloso mirar del mundo de la *utilitas*. El pasaje inolvidable de la joven tracia nos lo confirma (*Teeteto*). La anécdota es significativa. En ella, Platón cuenta que Tales de Mileto, “cuando estudiaba los astros, se cayó en un pozo, al mirar hacia arriba, y se dice que una sirvienta tracia, ingeniosa y simpática, se burlaba de él, porque quería saber las cosas del cielo, pero se olvidaba de las que tenía delante y a sus pies”. Dos mundos contrapuestos frente a frente: el del filósofo, quien busca la totalidad del saber (*Rep.* 475a), pero no como un fin en sí mismo, sino para, a través de él, “contemplar la verdad” (*Rep.* 479c), y el de la joven sirvienta, apegada a la única verdad que conoce, la de la realidad que tocan sus manos y sus pies. Ambos engloban dos formas de plantear el sentido y la interpretación de la existencia, pero sólo un camino conduce a Ítaca, el que se transita bajo un “discurso acompañado de ciencia” (*Fedro*, 276e); el de la ignorancia, aunque no sea imputable a la persona (la joven tracia), siempre nos sumerge en “el río de la Indiferencia, cuya agua no puede ser contenida en ningún recipiente” (*Rep.* 621a).

2. El relativismo imperante

Autores como Alain Finkielkraut, en *La derrota del pensamiento*, o Allan Bloom, *El cierre de la mente moderna*, reconocen que la sociedad actual sufre de esa conciencia volátil, de ese errar incierto del ‘aquí y ahora’, que la lleva a “vivir contra la verdad”: “Hay una cosa de la que un profesor puede estar absolutamente seguro: casi todos los estudiantes que ingresan a la Universidad creen, o dicen creer, que la verdad es relativa [...] El hecho de que alguien considere que esa proposición no es evidente por sí misma, les asombra tanto como si estuviese poniendo en tela de juicio que dos más dos es igual a cuatro”. Una confusión conceptual que le hace afirmar que: “No es la inmoralidad del relativismo lo que yo encuentro terrible. Lo asombroso y degradante es el dogmatismo con que aceptamos ese relativismo y nuestra desenfadada falta de preocupación por lo que significa en nuestras vidas”.

Se impone así un “pensamiento débil”, el que nos conduce irremediamente a un saber estanco y fragmentario, que es, en buena parte, de la crisis de nuestra

civilización”, de esa crisis de la que se hizo eco, con su habitual agudeza, el viejo Sócrates, quien, al confrontar su pensamiento con el del sofista Protágoras, advierte: “Si las opiniones, que se forman en nosotros, son verdaderas para cada uno; si nadie es más hábil para discernir la verdad o falsedad de una opinión; si, por el contrario, cada uno juzga únicamente de lo que pasa en él y si todos sus juicios son rectos y verdaderos, ¿por qué privilegio, mi querido amigo, ha de ser Protágoras sabio hasta el punto de creerse con derecho para enseñar a los demás y para poner sus lecciones a tan alto precio?, ¿no es una insigne extravagancia querer examinar y refutar mutuamente nuestras ideas y opiniones, si todas ellas son verdaderas para cada uno, si la verdad es como la define Protágoras?”

Y así ocurre que se impone el criterio fijado por autores como Richard Rorty –*El pragmatismo, una versión*–, para quien ya: “no existe ningún objetivo primordial llamado ‘descubrir la verdad’ que tenga precedencia por encima de los demás [...] los pragmatistas no creemos que la finalidad de la indagación sea la verdad. La finalidad de la indagación es la utilidad, y existen tantas herramientas distintas y útiles como fines a realizar”.

Grave error. Es un error que aprendemos con Séneca, quien, al cerrar sus cartas a su amigo Lucilio, lo hace con la frase ‘*non vitae, sed scholae discimus*’, ‘aprendemos no para la vida, sino para la escuela’, como una crítica frente a la enseñanza puramente utilitaria, defendiendo que debemos aprender para la vida y no para la escuela.

Sí, es un gravísimo error, porque el escepticismo es la muerte del pensamiento y de la educación. Si no hay verdad, no hay diálogo ni educación que transmitir. Solo hay que adentrarse en las siempre bien hilvanadas páginas del libro para comprobarlo.

El docente está para aprender, descubrir y transmitir la verdad, o la educación que aportará será tan efímera como estéril. Y lo debe de hacer, incluso, en este muro de silencio que nos rodea y nos ahoga por igual, un muro que tiene nombre: cultura de la cancelación o pensamiento único.

3. Docencia

Sé muy bien que la autoridad académica no se otorga, se adquiere. Se adquiere cuando el profesor toma conciencia de que los conocimientos no son islas separadas y están conectados entre sí. Pero la docencia es una vocación, diría más: una sagrada vocación. Lo es porque consiste en transmitir conocimientos largamente aprendidos, que atesoramos en esa imaginaria Castalia de la que escribió H. Hesse en el *Juego de los abalorios*.

A este respecto, Heidegger, en *¿Qué significa pensar?*, afirma que “enseñar es todavía más difícil que aprender. Sabemos muy bien esto, pero pocas veces lo pensamos. ¿Por qué enseñar es más difícil que aprender? No porque los docentes hayan de estar en posesión del máximo posible de conocimientos y tenerlos siempre a disposición. Enseñar es más difícil que aprender porque implica un hacer aprender. Es más, el auténtico maestro lo único que enseña es el arte de aprender. Por eso con frecuencia la aportación del docente despierta la impresión de que propiamente no se aprende nada con él, en cuanto de pronto hemos pasado a entender por ‘aprender’ la transmisión de conocimientos útiles. [...] llegar a ser maestro es una cosa muy elevada, y, desde luego, es muy distinto a llegar a ser un profesor famoso”.

De nuevo la “tiranía” de la utilidad, o de la exigua especialidad (de esos “nuevos bárbaros”, como diría Ortega), sale a la palestra. Pero frente a esta antigua tiranía surge una nueva: los TIC unidos a la burocracia asfixiante que rodea al profesorado universitario. Ante esta desasosegante realidad, casi distópica, me gusta recordar que Sócrates le dice al esclavo Menón: “No se alcanza el saber *enseñando* a alguien, sino preguntándole, y como sacándole la ciencia de sí mismo”.

Si es así, y si el hombre es fruto de la educación, como afirmara Kant en *Pedagogía*, ¿por qué denostamos la lección que no se apoya en las nuevas tecnologías? El docente o es palabra y conocimiento, o no es. Debo confesar que solo he tenido dos maestros. Lo fueron porque me enseñaron dos cosas que jamás olvidaré: a pensar más allá de los libros (Schopenhauer), y asumir como propia las palabras que Marguerite Yourcenar pusiera en boca de Adriano: “mi hogar es donde están mis libros” –*Memorias de Adriano*–. De esos dos profesores podría escribir una carta como la que redactó Albert Camus cuando obtuvo, en 1957, el Premio Nobel de Literatura. En el momento en que recibió la noticia pensó dos cosas: escribir una carta a su madre y otra a su profesor en la escuela primaria de Argel. El día más importante de su vida literaria, Camus reconoce que sin él no sería el escritor que admiramos. Lo que le transmitió fue conocimiento y ejemplo personal. ¡Caramba! Lo mismo que me ha transmitido la lectura de este libro.

Sé que me estoy excediendo un tanto en mi recensión. Me encantaría extenderme mucho más. La obra lo merece, y, sin duda, su autor también. Aun así, he concebido esta recensión como un diálogo abierto con el autor y con el anónimo lector, al que deseo que se adentre las páginas de este libro con la misma pasión con que ha sido escrito. Si lo hace, la gozosa lectura está asegurada.

Debo confesar que el título me sorprendió. La sorpresa fue en aumento cuando comprendí la originalidad del mismo. Parte de un chiste, mitad sonrisa, mitad filosofía de vida, que nos acerca a la cruda realidad que se vive en las Universidades españolas. Comprende sus dos carreras: Pedagogía y Filosofía. Ambas le han ayudado a tener una mente lúcida, para la vida y para la enseñanza. El planteamiento, brillante y atrevido, lo demuestra.

Estructura su trabajo en veinticinco pequeños capítulos, precedidos siempre de un chiste del inolvidable Eugenio. Escribía Tovar que todo libro que leía lo anotaba. Hago lo mismo, hasta el punto de que les digo a mis alumnos que subrayar un libro es “una pequeña declaración de amor al libro”. Le damos la importancia que tiene, la consideración que se merece. Subrayarlo, anotar lo es reverenciar un libro que nos ayuda a crecer. En este punto discrepamos del pensamiento de Schopenhauer en *Parerga*, quien descreía de los libros porque embrutecían la mente, e impedían que el conocimiento partiera de uno mismo, sin intermediarios. Me pregunto, ¿y por qué los escribía? Ya se sabe, cosas de filósofos... Sobre este punto, también coincidido, una vez más, con nuestro con el Profesor Esteban Bara.

A lo largo de su monografía, el autor propone una Universidad en la que el estudiante no se convierta en un alumno masa, en un joven que, como le ocurre al campesino descrito por Kafka en su breve relato titulado *Ante la ley*, quiso entrar en la ciudad de la Justicia –a la Universidad–, pero al ver al primer guardián, esa asignatura que a todos nos aterra, decide esperar. Pero pasan los años, y el sigue aguardando, hasta que al final de sus días, al preguntar el celoso guardián, porque nadie más ha intentado

entrar por la puerta, este le contesta que porque esa puerta era solo para él. En efecto, la vocación es de uno, y o la encuentra y lucha por entrar, o solo le quedará ver cómo el tren de la vida pasa, pero él no se sube. La pereza, el mayor mal que acecha –Nietzsche, *Schopenhauer educador*–, se ha apoderado de él hasta menguarlo por completo.

La metáfora que expone Kafka en su relato nos es bien conocida. La pregunta, también: ¿qué podemos hacer para evitarlo? El autor presenta numerosas propuestas y consejos. Quisiera destacar alguna. Motivar a los alumnos, pero no como se está haciendo: desde la placidez. No, el efecto placebo nunca puede ser nuestra recomendación. El camino debe ser otro bien diferente: proponer lecturas de los grandes libros, como ya hiciera en su día Hutchins, visionando esas grandes películas que nos llevan a pensar y a comprender –*El club de los poetas muertos* es un buen ejemplo que el autor propone– o de aquellos grandes músicos con los que tanto hemos disfrutado; estimularles en la necesidad imperiosa de memorizar, porque la memoria es tan necesaria como el aire que respiramos: nos da certeza. Tras una vida ya larga, sé que lo que no se memoriza no se asienta, y lo que no se asienta no se aprende. Luego vienen las oposiciones del grupo A, y los alumnos comprenden, ya tarde, que la Universidad les ha engañado, porque le ha hecho creer que el esfuerzo no es un valor en sí mismo. Con crudeza se lo digo: “les mienten cuando les hacen creer que van a salir bien preparados, cuando el 25% viene por trabajitos envueltos en celofán”. Cuando hasta con un 3.5, más una sumisa asistencia, unos cómodos trabajos de dudosa originalidad, etc., pueden aprobar”. Es una mentira que no me puedo permitir, como tampoco se lo permite un autor que no busca la complacencia, ni la utilidad, busca la verdad, porque sin verdad que enseñar no hay docencia que impartir. Afirmarlo, como indica a lo largo de la obra, es una nueva herejía. De serlo, es la herejía que se halla inscrita en el frontispicio de la Universidad de Harvard, ¿herética, también?

Pero sé, como lo sabe nuestro autor, que la tarea no es fácil. Les digo a mis alumnos que si leyeran solo diez páginas al día, al terminar la carrera podría haber leído entre 30 ó 40 libros. La duda me surge, y sin dar más tregua, les pregunto ¿creen que al menos un 1% por ciento lo hará? El silencio se apodera de la clase, como se apodera de mí. Con todo, siempre hay que proponerlo, sin decaer. Este año empezaré con un seminario sobre grandes libros, porque en ellos, como diría Borges, “Algo distinto hay cada vez que la abrimos”. Veremos cómo nos va.

No debería extenderme más. Solo puedo dar gracias a un autor que me entregó una pequeña joya que me ha servido para proponerme la tarea de reescribir un nuevo ensayo sobre el devenir de nuestra maltrecha Universidad. Al hacerlo, no duden que tomaré buena nota de sus ideas, así como de esos libros que ha recogido, y que, muchos de ellos he leído con la misma delectación que el suyo. Tanto es así que ya he encargado sus últimos libros son: *¿Quo vadis, universidad?* (2016); *Ética del profesorado* (2018,) y *La universidad light* (2019). Títulos siempre sugerentes, tanto que uno desea tenerlos ya entre sus manos, porque, a buen seguro, estarán escritos con una pulcritud escasamente frecuente, y con una rigurosidad que invitan a leerle, porque cuando le leemos volvemos a coincidir con el viejo Sócrates: “Solo sé que nada sé”.

Permítanme que concluya asumiendo como propias las palabras que Marguerite Yourcenar escribiera en su inolvidable novela *Memorias de Adriano*, en donde podemos leer: “Me di cuenta muy pronto que estaba escribiendo la vida de un gran hombre. Por

tanto, más respeto por la verdad, más cuidado, y, en cuanto a mí, más silencio”. Porque, ¡qué más se puede decir!

Juan Alfredo Obarrio Moreno
Universitat de València